

MURCIA EN LOS VIAJES POR ESPAÑA

POR

ANTONIO PEREZ Y GOMEZ

VI

A mediados del pasado siglo vino a España, con propósitos turísticos, pero de un turismo que no se limita a la frenética y despreocupada manía de recorrer tierras y aspira a conocer países, gentes, historia y arte de los suelos que pisa, G. A. Hoskins, súbdito británico. No podemos sustituir por nombres propios ninguna de las dos iniciales primeras por haber fracasado todo intento de identificar nuestro personaje en varios buenos diccionarios biográficos ingleses; tampoco nos acompañó el éxito en otra suerte de indagaciones realizadas con igual finalidad. Hizo su viaje en compañía de un criado.

Entró en la península por la frontera francesa; por Figueras. Recorrió Cataluña, Valencia, Murcia, en la que estuvo, en la capital y en algún pueblo, en la ruta desde Alicante a Granada, Andalucía, Toledo y Madrid, las más importantes ciudades de Castilla la Vieja, Vitoria y Pamplona, abandonando nuestra patria por el Baztan.

Más que *turista*, en el sentido un poco frívolo que hoy tiene ese vocablo, era Hoskins un *viajero* y su estancia con nosotros, los españoles, no fué su única peregrinación por países ajenos al suyo. Así lo pregona el propio título extenso con que encabezó su relato; ya había viajado antes visitando Etiopía, el Gran Oasis, y otros países revelados por el etc., etc. que a las dos comarcas citadas siguen. En las páginas que hemos extractado, para este trabajo, existen repetidas alusiones a sus anteriores periplos por esos lugares y otras que revelan que también había visitado Grecia.

Su relato nos ha sido conservado en una obra que, con finalidades narrativas, escribió bajo el título de *Spain as it is*, y que gozó, al menos, de dos ediciones. La primera, en Londres, en 1851, que consta de dos volú-



menes en octavo, con VI y 362 páginas el primer tomo y VI y 362, también, el segundo, encabezados con preciosas vistas de Monserrat y Toledo, respectivamente, únicas ilustraciones que la adornan. Carece de ellas la segunda edición, de 1852, en París, que ha sido la utilizada por nosotros y que contiene el texto inglés, sin traducción, constando de dos primeras hojas sin numeración y de 208 páginas numeradas. Tenemos ejemplar en nuestra biblioteca (1).

Además de viajero, y quizá como principal motivo para sus andanzas, era Hoskins muy aficionado a la pintura; a dibujar él, y a regodearse contemplando las buenas obras de pintores famosos. Visita obligada en toda ciudad es su museo, o las colecciones particulares donde las había, y de ello deja en sus relatos constancia muy detallada en forma que pone de manifiesto sus preferencias en arte y su vocación crítica indudable.

Debía de pertenecer a la Iglesia anglicana, pues, aunque se expresa siempre con respeto, y a veces con simpatía evidente, frente a las manifestaciones externas del culto católico, nos ha parecido encontrar en alguna ocasión comentarios que abonan por nuestra sospecha. Demuestra una enorme curiosidad por documentarse sobre el carácter de los españoles, en sus diferentes regiones, por sus preocupaciones y cultura y por las vicisitudes históricas y peculiaridades artísticas de las comarcas que recorre. Su libro es de los más preñados de datos curiosos e importantes; por ese rico contenido informativo es en realidad un documento de evidente utilidad para un estudioso español.

A nosotros, murcianos, nos trató con cierta dureza. Pesaba mucho sobre él el juicio severo, peyorativo e injusto de Richard Ford, en sus obras *Gatherings from Spain* y *Handbook of Spain* a que alude más de una vez, y, quien sabe si también, los comentarios difamadores de españoles de otras regiones; el propio autor se cuida, alguna vez, de proclamar el defecto nuestro de hablar mal de los vecinos con frecuencia. No debe extrañarnos esto a nosotros. Murcia ha tenido siempre bastante mala prensa, sobre todo en siglos pasados, que motivó el que salieran a la palestra, a defender el buen nombre y fama de nuestra región, en el siglo XVII Andrés de Claramonte y Polo de Medina, y, bien recientemente, nuestro coetáneo y excelente amigo Manuel Martínez Ortiz, notario de Madrid, en brillante conferencia pronunciada en la Casa Regional Murciana, y de que nos ocupamos, más por extenso, en este mismo número de la revista.

Pero si hemos de sentirnos, en más de una ocasión, injustamente tra-

(1) Reproducimos en facsímile las portadas de la primera y de la segunda ediciones de *Spain as it is*.



tados, encontramos en cambio bastantes motivos para que el relato de Hoskins tenga extraordinaria importancia para nosotros. Que sepamos, este es uno de los muy pocos viajeros que presenciaron, a su paso por Murcia, las dos procesiones de Viernes Santo, cuidándose de dejar de ambas una fiel y minuciosa descripción. Pero además, y en añadidura, también visitó Hoskins la colección de pinturas de don José María Estor, posiblemente en la Torreguil, en Sangonera la Verde, dejándonos una detallada descripción de sus mejores cuadros y el juicio que la factura de los mismos le mereció, con consideraciones bastante acertadas sobre la posible o discutible paternidad de muchos de ellos.

Cuando, viniendo de Alicante, se asoma nuestro hombre a la comarca más próxima a esta región, Elche, le sobrecoge el triste panorama que a su vista se ofrece; un desierto, sin la grandeza del desierto, porque por doquier existen huellas de la mano del hombre en unas tierras cuidadosa y penosamente cultivadas, pero tan amarillas como puede serlo el Sáhara. Cuando las palmeras comienzan a aparecer ante su vista, poniéndole sitio a Elche, la delicia es similar a la que se experimenta alcanzando el Oasis Magno después de atravesar el desierto de Tebas.

Con razón los valencianos están orgullosos de su Elche, y con razón Richard Ford ha dicho de esta ciudad: «Solo hay un Elche en Europa». Millares y decenas de millares de palmeras rodeando la ciudad que, con sus tejados planos, tiene una silueta absolutamente oriental; hombres con facciones morunas, envueltos en sus mantas, con muy poca diferencia con los beduinos. ¡Pero qué exquisita gracia la de la palmera! Tronco alto y esbelto, y el verde plumero de sus copas agitándose y murmurando con la brisa; en derredor de cada una la joven cohorte de los retoños. El amarillo fruto contrasta deliciosamente con el verde follaje, y el contemplar los macizos, con millares de ellas, unas elevándose más alto que otras y acariciando el aire con sus copas es un regodeo del espíritu y de los sentidos. La palmera, además de ser un bello árbol, es también un árbol productivo y puede estimarse que rinde entre dos y cuatro dólares anuales cada una; aun cuando la cosecha de dátiles sea menor, o se pierda, las hojas siguen siendo un considerable ingreso, pues se venden para ser usadas en la procesión del Domingo de Ramos y colocadas después en los balcones de las casas como segura protección —así se afirma— contra rayos y centellas.

La ciudad es grande, limpia, y alberga unos 18.000 habitantes. Por ser día de ceremonias religiosas, y no encontrarse a mano la llave, no puede Hoskins subir a la torre en la Iglesia de Santa María y, para emplear



útilmente el tiempo que a esa visita hubiera dedicado, toma lápiz y cartones y se marcha, para hacer unos croquis, en busca de sus amigas las palmeras, perdiéndose en un extenso bosque de ellas. Al día siguiente, al amanecer, contempla la vista parcial de la ciudad, desde el puente, completamente oriental y que trae a su memoria comarcas africanas que antes había recorrido como viajero.

Sale de Elche, por la mañana, después de haber alquilado una tartana y un par de borricos para poder alternar ambos medios de desplazamiento y descansar, a ratos, del molesto traqueteo del vehículo; y como los borricos no suelen ir ensillados, Hoskins y su acompañante tienen que ponerles en los lomos sus prendas de vestir para encontrar una leve comodidad al cabalgarlos. Al entrar de nuevo en el desierto, se da uno cuenta del verdadero oasis que es Elche, porque las tierras que se atraviesan son inhóspitas, y casi todos los labradores tienen que emigrar a Africa escapando de la sequedad de esta cola de Europa. Nada hay tan triste como estas tierras reseca y que solo precisan del agua para ser las más ricas del mundo. Las nubes, frecuentes en el cielo, son miradas con ansia y codicia por los labradores que ven, con tristeza, como pasan para descargar lejos, o como se limitan a leves lluvias que alegran la tierra, por escasas horas, para dejar surgir, bien pronto de nuevo, el polvo arenoso semejante al de los desiertos de Africa.

Sigue el viajero, con su acompañante, su camino pasando por Alboulada, con su iglesia con cúpula y dos torres, casas con tejados planos, palmeras y chumberas y sus habitantes de piel atezada —semejantes a egipcios— que producen la impresión de que uno se encuentra en pleno Oriente. Y después de las once y media llegan a Orihuela, la Orceles de los godos y la Auriwelalh de los árabes y, tras unas líneas de divagación histórica sobre Teodomiro, pasa Hoskins a describirnos la población.

Pueblo grande y amplio, con 26.000 habitantes, tejados planos, palmeras y aspecto oriental. Varios conventos abandonados, entre ellos el de Santo Domingo, que alaba francamente destacando sus dos patios, con corredores en estilo italiano, uno de los cuales es más rico y con arcadas más cuidadosamente labradas.

Visita la capilla del convento, adornada con riqueza, pero con poco gusto, y el Refectorio, bello salón con una colección de cuadros, bastante malos por cierto, entre los que solo encuentra tres o cuatro pequeños que merecen mirarse aunque omite su motivo y su posible oriundez, circunstancias que olvida muy pocas veces cuando de guardar memoria de pinturas que le agradaron se trata. Las restantes iglesias de la ciudad no va-



len la pena de ser visitadas, aunque alguna de ellas tenga atrayente portada con graciosos arcos.

Las casas, en Orihuela, tienen en su fachada, en el piso primero, la habitación principal, adornada siempre su ventana con balcón de hierro, indispensable en España; las de los pisos bajos, tienen celosías que contribuyen a hacer más intensa su fisonomía oriental. Cuando deambula por las calles encuentra muchas mujeres, de ojos negros, cotilleando y cotorreando en grupos, mientras los hombres fuman sus cigarros.

Al dejar Orihuela, puede arrojar una mirada sobre el paisaje en derredor, que ofrece una vista espléndida, con un convento abandonado y magníficamente emplazado en medio de un montón de chumberas con nobles colinas, llenas de cuevas, al fondo como respaldo. La chumbera abunda en toda esta región y es plantada, usualmente, en hileras aunque existen algunas plantaciones mayores que son cercadas con aloes. Varios pueblecitos que atraviesa están rodeados de estas plantaciones que, con los tejados de bardales en las casas y cortijos y los grupos pintorescos de sus pobladores, ofrecen muy agradable impresión a la vista.

Estos caseríos, con tejados de paja, cañas o ramajes, pregonan que se va despidiendo el reino de Valencia, y nuestro hombre recuerda el dicho de un español: «Los valencianos son gente jovial, alegre, ingeniosa, aplicada a las letras, ligeros, dados a danzas, bayles y otras pruebas de ligereza». Pero recuerda también el juicio de Richard Ford: «En los más sombríos aspectos de su carácter, el valenciano se asemeja, a la vez, al celtíbero y al cartaginense, sus antepasados, siendo astuto, pérfido, vengativo, sombrío, desconfiado, inconstante y traicionero». La propia experiencia de Hoskins, en sus viajes a través de la región, y por las conversaciones mantenidas con unos y otros para hacer sus dibujos a lápiz, le hace disentir de este juicio para declarar que, aunque de esos contactos suyos pudiera deducir que los valencianos son astutos y desconfiados con exceso, nada le autorizaba a considerarlos como traicioneros.

Las numerosas cruces que ha venido encontrando a la vera de los caminos, reveladoras de muertes violentas, en esos sitios cometidas, son prueba de cuan airadas y vengativas son estas gente. Sin embargo, ha podido comprobar que las clases elevadas de la sociedad valenciana, se distinguen por su educación y urbanidad, y por su dulce y elegante lenguaje, formando un sorprendente contraste con la rudeza, sobriedad y aspereza castellananas.

Hoskins, conociendo la existencia de más de treinta hombres distinguidos en ciencia, literatura, teología, astronomía, filosofía... historiadores, oradores, poetas, aparte de los grandes pintores y otros artistas que



ha ido mencionando en las páginas dedicadas a Valencia, nacidos en esa región, no tiene más remedio que manifestar que la mala fama de los valencianos, en la propia España —donde, por otra parte, el difamarse entre sí los vecinos es defecto usual—, queda compensada por lo mucho que poseen digno de admiración. Y desea dejar constancia de una prueba de desinteresada generosidad, de que fué testigo, sin desconocer que también pudiera ser debida al tradicional orgullo hispánico.

En Valencia le ayudó un caballero, ocasionalmente conocido, a encontrar una peluquería y le acompañó después varios días, enseñándole iglesias y museos. El improvisado guía era persona de buena clase, pero venida a menos en parte por haber perdido su cargo al suceder Narváez a Espartero, y en parte por los quebrantos en su modesta fortuna a causa de los prolongados años de sequía. Hoskins pretendió darle una generosa remuneración por sus eficaces servicios, después de explicarle que se consideraba obligado en justicia a ello y que cumplía con singular agrado tal deber, pero el caballero rehusó, con gran firmeza y con excelente humor, recibir retribución alguna.

Una hora antes de llegar a Murcia se pasa por Monteagudo, donde existe un pintoresco castillo morisco en la cumbre de aislada colina, con muy bella situación e imponente aspecto por sus numerosas y bien conservadas torres. La rica huerta de Murcia parece un delicioso jardín después de las triste tierras baldías que ha atravesado. «Llueva o no llueva, Murcia siempre tiene trigo», recuerda el viajero en este dicho popular que ya en otras ocasiones hemos tropezado, en estas lecturas, pero aplicado a Orihuela. Confiesa no haber visto jamás cosechas como las de Murcia en ninguna parte del mundo en esta época del año. La laboriosidad de los huertanos logra, en este vergel, lo que natura no da jamás por sí sola: una perenne primavera. A lo lejos la esbelta torre de la Catedral parece nacer entre airoas palmeras y bosques de moreras. Cuando entra en la ciudad asiste a la misma farsa aduanera de que ya ha sido repetidas veces testigo; un carabinero le acompaña al hotel para revisar sus equipajes, pero en la misma puerta se contenta con un par de pesetas y suprime toda pesquisa. Es una auténtica forma, en España, de saquear al viajero, menos peligrosa —dice Southey— que atracarles en el camino real y menos humillante para su orgullo, pero más deshonrosa, que mendigar a la puerta de una iglesia o en medio de la calle. Este impuesto, inseparable de las dinastías borbónicas, ofrece a los españoles amplio campo para estos trapicheos.



Murcia es uno de los reinos más chicos de España; su excelente puerto marítimo, natural, de Cartagena, atrajo a esta comarca a las gentes de Aníbal. Aunque los murcianos —habla Hoskins— han tenido siempre la reputación de ser de los más iletrados de la península, se mostraron no desprovistos de coraje en la guerra en que conquistó nuestro trono Felipe V. Murcia se había pronunciado por el Borbón; y siendo ciudad abierta e incapaz de defenderse frente a las tropas del Archiduque, su obispo, Luis de Belluga, que se puso a la cabeza del pueblo en armas, abrió las esclusas del Segura, cortó los canales y acequias, alteró el curso natural del río e inundó la huerta impidiendo todo avance a las tropas del pretendiente austríaco, y al mando de las tropas populares, que él mismo organizó, se apoderó de Orihuela y puso sitio a Cartagena obligando a capitular a sus defensores. Murcia sufrió mucho, como las regiones vecinas, en aquella guerra en que se debatía la corona de España.

La ciudad moderna fué enteramente edificada, aprovechando los materiales de una antigua urbe romana en paraje cercano. Abulfeda nos dice que ello tuvo lugar durante el reinado de los Beni Umeyyah, en Córdoba. Para apreciar su situación y la plena belleza de sus alrededores, es necesario subir a la torre de la Catedral, ricamente decorada con pilastras jónicas, dibujos arabescos y huecos de luz con arcos redondos. Aunque algo desprovista de sencillez, el efecto que desde lejos produce a la vista, con sus cuerpos superpuestos, su campanario y la linterna coronándolo, es verdaderamente sorprendente. El ascenso es fácil mediante un sistema de planos inclinados, con pendiente gradualmente acentuada, y adecuadamente iluminados con tomas de luz del exterior, de unos 320 pasos de longitud que conducen hasta el final del primer cuerpo donde existe una galería desde la que ya puede ser visto el panorama aunque con cierta dificultad por hacerlo incómodo la balaustrada que la protege; una estrecha escalera de 40 peldaños permite el ascenso al campanario; y hay todavía setenta peldaños más hasta la galería más elevada desde donde se domina una vista verdaderamente espléndida.

Por un lado, el Segura serpentea a través de una rica llanura —el Al-Bostan—, el jardín de los Moros, y pronto, tras haber pasado bajo un hermoso puente, forma una cascada; los Molinos del Mártir, la iglesia y los jardines del Carmen, y la graciosa cadena de montañas como fondo. Por el otro lado, el pintoresco pueblecico de Monteagudo, con su castillo morisco, antes citado, y Orihuela en la lejanía, con otra deliciosa cadena de montañas, que parece fundirse al fondo con la anterior, dejando, entre ambas, la maravillosa llanura de la vega.

Hoskins cree que esta fantástica sinfonía de tonalidades y de colores,



verdaderamente fastuosa, es una consecuencia del clima y del ambiente, como sucede en los cuadros de Claudio y que quizá la vista fuera menos encantadora sin este aire, lleno de aromas, bajo el inmenso dosel azul del cielo.

La fachada de la Catedral es de estilo churrigueresco, con figuras de vírgenes y santos, *ad nauseam*, y un horrible cuerpo cóncavo en el centro. Su interior tiene una parte de estilo gótico, con arcos ojivales. En la entrada arcos redondos actúan de sostén de la cúpula, y en las naves laterales se alternan los de uno y otro tipo. El templo contiene pocas obras de arte dignas de mención. En la capilla de San José, una buena *Sagrada Familia* con dos ángeles que se conceptúa como copia de Rafael, aunque la expresión de la Madona, extremadamente bella, recuerde a Correggio, y el cuadro recuerde más el estilo de Vicente Juanes en el de igual tema, suyo, existente en la iglesia de San Andrés, en Valencia, no tan rafaelesco como éste. La capilla del Marqués Villafranco (*sic*), es notable por sus tallas en piedra de estilo plateresco, con una pintura tolerable sobre su altar, no pudiendo ver las restantes por encontrarse cubiertas. La del Corpus Christi tiene una buena *Virgen con el Niño* y un cuadro grande de los *Desposorios de María y San José*, que Ford consideró como un Juanes aunque los murcianos lo estimen copia de Rafael. No está dentro del mejor estilo del pintor valenciano y Hoskins no cree que sea obra suya. En el Coro, excelentes tallas y algunos cuadros pasables, entre ellos una *Virgen con el Niño*, no mal pintada, aunque no de Murillo, como se pretende. En la del Santuario, un grupo en mármol con la Virgen, el Niño, San Juan y, abajo, de medio busto, el demonio dirigiendo sus garras a la Virgen con gran alarma del Evangelista. Algunas tallas excelentes, un buen busto, figuras de ángeles y algún cuadro de rafaelesco estilo, en la Sacristía. Por no encontrarse, en ese momento, disponibles las llaves no puede contemplar la Custodia de plata, y le enseñan, tan solo, las lámparas de plata del altar mayor, una de ellas hermosísima, y los adornos, también de plata, del frontis, cerca del cual, cerrada, existe una curiosa y vieja sepultura.

Visita la iglesia de San Nicolás, donde admira, con el mayor entusiasmo, una pequeña talla en madera, de Alonso Cano, representando a *San Antonio*, en hábito de capuchino (*sic*), de deliciosa expresión, con el Niño, extraordinariamente bello, en los brazos; la simplicidad y sencillez del grupo le presta una maravillosa expresión. Y en la capilla de San Ignacio un excelente grupo, talla en madera de Mala, con *San José y el Niño*, de extraordinaria factura éste. Destaca también un *San Roque* que parece obra de Ribalta.



Las calles de Murcia son muy estrechas, pero la Platería, engalanada esos días en toda su longitud, es una vía recta y bien trazada. El efecto es muy pintoresco con las tiendas alegres, las altas casas, muy próximas entre sí y con su balcón en cada ventana. Pero el punto de vista más pintoresco y sugeridor es cerca del puente, frente al Segura serpenteante, el bello paseo de la Glorieta en sus márgenes, la lejana cadena de montañas al fondo, la iglesia del Carmen, y el Paseo de Floridablanca, así llamado por encontrarse en su interior la estatua del Marqués de este nombre que, de humilde origen, supo elevarse por sus propios méritos al alto puesto de Ministro de Carlos III. La estatua se alza en honor de este único gran hombre nacido en Murcia, a quien los viajeros deben sentirse extremadamente agradecidos porque a su política se deben los excelentes caminos existentes y otra suerte de comodidades en los transportes. Los sauces del jardín son muy bellos, y los bancos, para descanso del paseante, muy numerosos.

Es una gran fortuna que la estancia de Hoskins en Murcia coincidiese con el Viernes Santo de aquel año; gran fortuna para él —y así lo reconoce expresamente— porque pudo por ello contemplar nuestras procesiones, y también para nosotros, porque nos permite conocer el efecto que las mismas produjeron en un visitante extranjero hace más de cien años. Murcia, nos dice Hoskins, tiene fama de destacarse, por encima de las demás regiones españolas, por su inclinación a las procesiones, las más importantes de las cuales se celebran en Semana Santa. Viernes Santo, a las diez de la mañana, toda Murcia está en sus calles; grupos de mujeres muy bien vestidas, casi todas altas y fuertes, con la mantilla en la cabeza, que sienta a todas extraordinariamente bien, aumentando sus encantos, aun en aquellos rostros en que toda ayuda embellecedora parece superflua. Los caballeros se envuelven en sus capas, aun en este día caluroso, como si se encontrasen en pleno invierno.

A Hoskins le interesa, sobre todo, el pueblo; las mujeres con sus vistosos pañuelos, vestidas de alegres colores con las sayas un poco por bajo de las rodillas; y los hombres envueltos en sus mantas, también de colorido diverso, predominando el rojo y el amarillo, con grandes y decorativos flecos de borlas, zaragüelles, muy similares, aunque no tan amplios, como los usados por los abisinios, medias de algodón, sandalias y, frecuentemente, alegres y llamativos pañuelos a la cabeza. Todo ello produce un efecto sorprendente. Las facciones frecuentemente muy atezadas, como los egipcios, inducen a que no quepa encontrar nada en Europa más semejante a los moros, a lo que ayudan las esbeltas palmeras y las celosías en casi todas las ventanas. Entre estos grupos destacan, por su pintores-



quismo, los de mendigos cubiertos de harapos. Desde varias millas a la redonda, el pueblo acude a la capital para ver este anual festejo religioso de Viernes Santo, y en realidad, para un pueblo amante de cualquier espectáculo, ninguno tan magnífico como las procesiones de este día en Murcia.

La procesión de la mañana va encabezada por una compañía de soldados desfilando en formación perfecta y seguida de una multitud de niños, con vestiduras moradas y altos caperuzos, en algunos casos tan altos como sus portadores, que agitan incesantemente unas campanillas. Son llamados nazarenos, y algunos apenas pueden andar por sí solos; les siguen otros, de mayor estatura, que van adornados con volantes y puños de rico encaje y tras ellos una banda de música, y no de las mejores, ejecutando una solemne marcha. Seguía después una multitud de hombres, también con vestiduras moradas, con capuchones que cubrían sus cabezas, dejando solo libres los ojos, y con los pies descalzos. Las vestiduras les llegaban hasta los pies e iban ceñidas a la cintura con gruesas cuerdas. Eran devotos, de todas clases sociales, cumpliendo penitencias impuestas durante el año, y no penitencias ligeras, porque todos llevaban pesadas cruces al hombro y parecían sentir gran alivio al poder descansarlas sobre el suelo cuando la procesión paraba. Después, hombres tocando trompetas (las bocinas), y a continuación un grupo escultórico de «*La última Cena*», con figuras de tamaño natural, realmente muy bien talladas, llevado por dos docenas de hombres sobre unas magníficas andas, brillantemente adornadas con profusión de flores artificiales y doradas espigas, seguido de muchos penitentes, portadores de cruces, y de otra banda de música. Otro grupo escultórico, «*La Oración del Huerto*», con los tres Apóstoles y el Angel consolando a Cristo, muy bien realizado y sobre andas, magníficamente decoradas con flores y dorados, y una palmera, de verdad, con sus dátiles y todo, al que seguían dos veintenas de penitentes con cruces, y otra banda de música. «*La prisión de Jesús con el beso de Judas*», con Pedro cortando la oreja, con una espada, al esbirro del Alto Sacerdote, grupo llevado, como los otros, por unos veinte hombres, y espléndidamente adornado con flores y, en el centro, un olivo de verdad. Nuevos penitentes y, a continuación, «*La Flagelación*», con dos sayones azotando a Jesús, sobre andas igualmente decoradas y adornadas, seguido por más penitentes y otra banda de música. «*Cristo llevando la Cruz*», ejecutado con ingenio; más penitentes y «*La Verónica*», bellísima imagen, todavía más ricamente engalanada con dorados, flores y espigas, llevando en las manos el velo en el que quedó grabada la faz de Cristo, seguida de multitud de soldados, armados de lanzas, ejecutando compli-



cadav evolucioncs y jugando sus armas al compás de la banda que los acompaña. «*La Crucifixión*»; Cristo, clavado en la cruz, sobre un trono decorado y adornado con lámparas de plata y oro. El Clero, unos pocos caballeros, un centenar de penitentes en dos filas y la imagen de «*La Virgen*», en un soberbio trono suntuosamente engalanado con flores y lámparas. Cuando esta imagen pasa todos se inclinan con reverencia, muchos se arrodillan y todas las cabezas se descubren.

Hoskins, sorprendido por la suntuosidad de esta imagen, deseoso de no perder ningún detalle de este «paso» y de examinarlo con toda atención, olvida descubrirse; pero bien pronto, por los murmullos del devoto público y por las miradas hostiles que, a través de los agujeros de los capuchones, le lanzan los nazarenos, como si quisiesen fulminarlo, advierte su olvido, lo corrige, y se promete ser menos descuidado, en lo sucesivo, en la práctica de este homenaje que en España se rinde a las imágenes del Señor y de la Virgen.

Sigue todavía una multitud de penitentes y otra compañía de soldados cerrando el cortejo que, ciertamente, excedía en solemnidad incluso a otros actos presenciados por Hoskins en Roma en alguna Semana Santa y en los funerales de dos Papas. Las imágenes son todas de tamaño natural, de excelente talla y muy bien pintadas; la ornamentación con flores, exquisita; la solemnidad de las andas le recordaba las procesiones en Thebas. En general, el efecto es magnífico; la suntuosidad del desfile, la admiración de los millares de espectadores, la gravedad de las marchas musicales que las bandas ejecutan y, sobre todo, el imponente paso de la Virgen, ante la que toda cabeza se descubre y toda rodilla se hincan en tierra.

¡Pero qué comentarios cabe hacer! —habla Hoskins—. Las exclamaciones ¡qué bonito!, ¡qué hermosura!, pronunciadas a cada momento, hieren sus oídos y encuentra terrible pensar que, en una gran ciudad de casi 35.000 habitantes, pueda haber mil quinientas personas —es el número aproximado que se le ha dicho— dispuestas, por penitencia, a sufrir la incomodidad de llevar al hombro pesadas cruces, durante varias horas, andando descalzas por accidentados y molestos pavimentos.

Por la noche se celebra otra procesión a la luz de las antorchas que, puede decirse, es como una continuación de la de la mañana. Abría marcha un elevado número de caballeros, en dos filas, portadores de hachones encendidos, con los que iban bastantes rapazuelos, mal vestidos, afanados en ir quitando las gotas de cera que sobre el pavimento caían. Esta cera es considerada como dotada de poderes milagrosos, se vende a altos precios y constituye una pequeña fortuna para los que la recogen durante la



procesión. Después venía la imagen de «*Cristo en el Sepulcro*», maravillosamente decorada y adornada, acompañada de tambores con sordina. Tras este «paso» venía otro de «*La Virgen*», y a continuación, otra segunda imagen de María regresando del sepulcro, también muy bella, sobre unas andas suntuosamente engalanadas con dorados y flores y espléndidamente iluminadas. El clero, con ricas vestiduras, caballeros portadores de cirios y hachones, y después el Capitán General, Gobernador militar de la provincia, hombre de atrayente aspecto marcial, rodeado de su brillante séquito. Una buena banda de música y, cerrando el cortejo, un regimiento de caballería con su Coronel a la cabeza.

El espectáculo de esta procesión nocturna, posiblemente por el efecto decorativo de la iluminación con antorchas, fué todavía más sorprendente que el producido por la procesión matutina. Nuestro hombre presenció su paso desde un balcón de la larga y estrecha calle de la Platería, que estaba concurridísima. Como todas las casas cuentan con balcones en sus ventanas, todos los balcones estaban repletos de público, y las casas se encuentran muy cercanas entre sí por la estrechez de la calle, el efecto era altamente pintoresco.

Antes de comenzar el desfile procesional, Hoskins paseó un rato a lo largo de la calle para empaparse del ambiente, siéndole dado el poder contemplar los rostros de muchas mujeres bonitas asomadas a los balcones de los pisos bajos de las casas que están reservados, tradicionalmente, al bello sexo. La persona que invitó a nuestro hombre a presenciar la procesión desde un balcón de su casa fué, al parecer, un platero y relojero francés, establecido en Murcia, que tenía en la Platería su casa y tienda, cuyos balcones guardaba ese día para sus mejores clientes y amigos íntimos. El relojero explicó a Hoskins, curioso por saber el motivo de no ver sino mujeres solas en los balcones a ellas reservados, que no era correcto presentarse un caballero en ellos, y menos correcto aún el hablar con las damas; pero que un extranjero podía considerarse relevado de tal prohibición y podría perdonársele el acudir al balcón a pretexto de saludar y presentar sus respetos a Madame H..., licencia que se tomó Hoskins pudiendo, así, conocer y conversar con hermosísimas señoras que, lejos de sentirse ofendidas por su audacia, le recibieron con la mayor cortesía y le hicieron innumerables preguntas sobre sus impresiones y sobre costumbres inglesas.

Los murcianos —habla Hoskins— gozan reputación de ser un pueblo tosco e inculto y, al parecer, merecen esa triste fama. El amigo francés, en cuya casa presencia la procesión, le dice: «Yo, que solo soy un simple relojero, cuando en el Casino se habla de alguna cuestión de historia o de



cultura general, resulto un oráculo al lado de estos señorones y aristócratas murcianos». Viven en casas muy modestamente decoradas y son de extraordinaria sobriedad en la mesa, para poder gastar en vestir lo que escatiman en bien comer y en vivir con comodidades, porque llamar la atención en la calle por su atuendo y en los paseos por su boato constituye su mayor felicidad.

Otros amigos de nuestro hombre le informan que igual acaece con las señoras, que llegan a privarse de toda comodidad y decoro en las ropas interiores con tal de poder lucir a la vista sedas, encajes, mantillas y demás prendas suntuosas, llegando a prescindir —si es preciso— de la camisa, con tal de poder exhibir un lujoso vestido, como han podido comprobar curioseando, simplemente, en los líos de ropas que acostumbran a enviarse a lavar a los arroyos de los alrededores y en los que poca ropa interior presentable acostumbra a verse; y Hoskins recuerda aquellas señoras de que habla Goldsmith, en una de sus deliciosas cartas, que querían llevar lujosos trajes de cola cuando lo que les sentaría mejor serían zagalejos.

Los hombres son muy celosos y las mujeres bastante inflamables y de ligera virtud —sigue diciendo Hoskins—, y a ello se debe la prohibición de toda promiscuidad en los balcones y las dificultades de contactos sociales entre ambos sexos, salvo amistad muy íntima o relación familiar. Sin embargo, el cuchillo es arma empleada con mucha menos frecuencia, en las reyertas, que lo era hace algunos años.

Murcia no tiene una intensa vida artística como lo prueba —dice Hoskins— el que no haya podido producir ningún hombre de talento, salvo Orrente, nacido en Montealegre, más cerca de Valencia, que puede considerarse, con más derecho, como valenciano. Sin embargo, le sorprende agradablemente la existencia en nuestra ciudad de una buena colección de cuadros, la de don José María Estor, con la circunstancia, bien poco frecuente, de disponer de un excelente catálogo impreso (2).

Hoskins visita esta colección detenidamente, catálogo en mano, y se cuida de conservarnos el juicio que le merecieron muchos cuadros de ella.

(2) Del Catálogo de esta colección de cuadros, existe ejemplar en la Biblioteca del Excelentísimo Ayuntamiento de Murcia, procedente de los fondos adquiridos de don José Alegría, del que reproducimos la portada en facsimile. Su tamaño es en 16° y consta de 62 páginas mas una hoja en blanco, aparte de las cubiertas. Contiene 351 cuadros descritos. Las citas de Hoskins son exactas.

Al resumir el juicio de Hoskins hemos añadido, entre paréntesis casi siempre, alguna indicación que considerábamos oportuna.

Esta colección, parece se encontraba en Torreguil, en Sangonera la Verde. Algunos de los cuadros descritos en el catálogo se encuentran, actualmente, en nuestro Museo Provincial. Otros, creo, obran en poder de la familia González Conde. Quizá algún día procuraremos poner en orden estos datos, reimprimir el cataloguito y dar una información más correcta y completa sobre los avatares de esta pinacoteca.



Dedica a conservarnos esos datos, uno de los cinco apéndices que añadió, como complemento, al relato de su viaje. Los otros cuatro se refieren a las colecciones y museos de Valencia, Sevilla, Madrid y Valladolid. El relacionado con Murcia es el apéndice B. Vamos a extractar estas curiosas impresiones.

La galería de pinturas de Estor, produjo en Hoskins una impresión bastante excelente y no se limitó a examinarla en una fugaz visita. La recorrió con toda detención haciendo consideraciones, más o menos atinadas y justas, sobre bastantes cuadros, y emitiendo, casi siempre, su parecer sobre la paternidad de las obras que más le sorprendieron, produciendo un documento de evidente curiosidad y de auténtico interés para nosotros.

Cita un *San Pedro y Santiago*, por el Moya, nacido en Granada en 1610 y que estudió seis meses en Londres sobre Vandyke, de considerable maestría en colorido y dibujo, y muy dentro de la primera de las maneras de Juanes, la del ciclo de los amarillos. Cuatro *Paisajes* de Rosa de Tívoli (números 18, 20, 32 y 34 del catálogo), algunos de ellos excepcionalmente buenos. Un excelente Espinosa (60), representando el *Martirio de San Esteban*, las manos clavadas en una cruz y elevando los ojos al cielo, con varias figuras que se disponen a apedrearlo, de las que las dos del primer término son muy buenas. Un cuadro grande (61), pintado por Velázquez, retrato de don Baltasar de Marradas, a caballo, mutilado con signos evidentes de haber sido cortada la parte del lienzo que contenía la cabeza original.

Tres cuadros (78 al 80), de Cristóbal Lloréns, que floreció en Valencia hacia finales del siglo XVI, y del que no había logrado Hoskins ver obra alguna en la ciudad del Turia, no obstante las indagaciones y pesquisas que para ello hizo; entre estas tres, que tiene la dicha de contemplar en Murcia, hay un *San Juan Bautista* (78), algo falto de dignidad; y un *San José con el Niño*, lleno de gracia; las tres parecen haber sido pinturas que antes estuvieron en algún altar y siendo obras magníficas y muy perfectas, las encuentra inferiores, aunque muy parecidas, a las obras del primer estilo de Juanes y de Bermúdez.

Un *Cristo muerto*, de Roelas (82), del «Clérigo Roelas», que nació en Sevilla en 1560, y en Sevilla es donde puede admirarse, con mayor despliegue de cuadros, su producción pictórica. Este es muy correcto de dibujo y muy rico de color como en los mejores cuadros de la escuela veneciana. Las obras de este pintor se distinguen, como Bermúdez nos enseña, por su dignidad y su realismo; la que Hoskins contempla y comenta la considera de gran mérito, especialmente por los efectos de la luz sobre el



cuerpo y por el colorido de las figuras que rodean y enmarcan la imagen del Señor.

La *Resurrección de Lázaro*, de Lorenzo Alvarez (104), gran cuadro con siete Apóstoles, Marta y María, con dibujo y colorido excelentes. Un buen *San Francisco*, de Zurbarán (120), pintor que había nacido en Fuente de Cantos en 1598 y muerto en Madrid en 1662, y a quien Bermúdez llama el Caravaggio español, y no sin motivo, pues discípulo y seguidor de la escuela del gran pintor italiano había sido el español; la influencia del maestro es visible en este cuadro, en el trazado y ejecución de las figuras, en la amplitud del colorido y en el contraste logrado de luces y sombras; en el cuadro se encuentran tratados los paños de mano maestra.

Un *Sueño de Jacob* (131), de Pedro Núñez de Villavicencio, nacido en 1635, en Sevilla, donde murió en 1700, discípulo y amigo de Murillo; el juego de la luz en los Angeles y en el rostro de Jacob es bellissimo. Un busto y manos de *San Pedro* (137), del Greco, y un *San Pablo* (139), del mismo insigne pintor, magnífico de tintes y líneas el primero. Un excelente cuadro, *La Virgen y el Niño*, atribuido a Leonardo de Vinci, de excelente colorido y, de seguro, de la escuela del gran maestro. Un *San Mateo* (152), al que un Angel le sostiene el libro en que escribe, excelente pintura de Joanes (Vicent Juanes) y, del mismo, un *Angel en Adoración* (153), con expresión y ropajes de exquisita factura.

Cuatro magníficos cuadros (154 al 157), de Nicolás Borrás, *San Ambrosio*, *San Jerónimo*, *San Atanasio* y *San Agustín*, muy en la manera de Joanes, su maestro. Buen estudio de cabeza (158), de Alonso Cano. Dos lienzos (159 y 160), de Joanes (Vicent Juanes), con un *San Juan Evangelista* y un *Angel en Adoración*. Un *Filósofo* (173), de Ribera, magistralmente logrado, sobre todo la cabeza. Un *San Pedro* (174), de Bayeu, nacido en Zaragoza en 1734 y fallecido en Madrid en 1795, muy en el estilo de El Españoleto pero con más riqueza en el trabajo de los paños y ropas. Un *San Onofre* (175), atribuido a Herrera, y un *San Jerónimo* (176) que se asigna a Carracci, pero que tiene más probabilidades de ser de Ribera.

Un curioso cuadro italiano (192), el *Entierro de Cristo*, de Vicente Campi, quien, según Bermúdez, visitó España, con un admirable paisaje y las figuras del Salvador y las del grupo de soldados muy finas. Un *Angel* (204), de Antonio Pareda, pintura que, aunque no del todo agradable, tiene dibujo y colorido bastante buenos. *San Juan Bautista* (206), enteramente desnudo, de Juan de Ribalta, de excelente dibujo, pero muy cargado de rojos el color. Un cuadro, cuyo asunto omite, pero que el catálogo describe como *Cristo atado a la columna* (207), de Cano, aunque



más en el estilo de Ribera. Una *Magdalena* (209), atribuída a Cerezo, que pudiera no ser sino una copia de Carracci. Una *Virgen* (211), cuya paternidad se atribuye a Murillo, más dentro, sin embargo, de la escuela del Greco. Otro lindo cuadro también atribuído a Murillo, *Jacob*, con el cordero bebiendo (212), que Hoskins duda fuese pintado por el gran maestro, al que sí debe de pertenecer, en cambio, un *San José*, con el Niño Jesús en la mano derecha (228), y que, aunque el Niño desmerezca un poco, es una bellísima pintura.

Un *San Jerónimo*, algo duro, pero magnífica pintura (250), de Joanes. Un cuadro atribuído a Durero (252) y más probablemente del Perugino. Otro Joanes (254), un *San Pablo*, de dureza en los trazos, pero muy hermoso. Un bellísimo *Jesús con la cruz* (262), de Francisco Neapoli. Un buen cuadro, con asunto de armas (278), atribuído a Velázquez. Quince *Caprichos*, de Goya (293 al 307), tratados como apuntes o bosquejos, casi todos sobre temas grotescos, logrados con toques leves y rápidos y con extraordinaria destreza y personalidad en el estilo. Un *Hombre ciego* (317), atribuído a los primeros años de Velázquez.

Abandonó Hoskins Murcia una mañana muy temprano, a las cinco, en ruta hacia Andalucía, iniciada a través de nuestra rica huerta, para entrar bien pronto en la zona de campos desérticos que la circundan. Allí donde acaba la zona que el Segura riega, comienza la desolación. A las ocho llega a Librilla y una hora después contempla desde el camino, a su derecha, Alhama, sobre rocosa colina, y con la Sierra, casi vertical, alzándose detrás de ella como una formidable muralla. A las once pasa por Totana y llega a Lorca a las tres de la tarde.

Lorca es una gran ciudad con 22.000 habitantes, algunas buenas casas y una Catedral, de estilo italiano, con una sola pintura de mérito en su interior, *San José con el Niño*, que parece de la escuela de Ribalta. El castillo morisco, en la cumbre de una colina sobre la que la ciudad se recuesta, ofrece —visto desde lejos— un pintoresco efecto; la vista que desde él se alcanza, magnífica, nos enseña que la rica y pequeña huerta que rodea a Lorca está emplazada en un verdadero desierto, y casi lo es, también, aun la parte más próxima a la ciudad; un desierto, lo que podría ser, si dispusiera de agua, la más rica llanura del mundo. Pero, en esos días, hacía más de diecisiete meses que no había caído ni una gota del cielo, y el lecho del Sangonera se encuentra absolutamente seco (3).

(3) Sobre la sequía trágica que asola nuestros campos; agudizada en este año en que nos visitó Hoskins, recuerdo que cuando se celebraron en Murcia, en 1759, los festejos para conmemorar la Proclamación de Carlos III, se nos dice que cayeron unas gotas, la noche antes, y que la gente sintió inquietudes y contrariedad porque la lluvia pudiese deslucir las Fiestas,



Las montañas son extremadamente pintorescas, especialmente las que aparecen como estribaciones de la desolada Sierra, y parecen a la vista ferozmente abruptas y accidentadas; como rocas volcánicas, que sin duda deben ser, su colorido es de una salvaje belleza, con ricos castaños y rojos formando violentos contrastes con el tono brillante arenoso de la lejanía. La ciudad tiene, más bien, aspecto triste; los tejados de las casas son de un color castaño brillante y sus paredes de tonos desvaídos. No hay ni una calle derecha y todas son torcidas, intrincadas y sin palmeras, naranjos ni árboles de clase alguna adornándolas. Vista desde el Castillo, sería difícil encontrar otra ciudad con aspecto más miserable; sin embargo, la rudeza y el aspecto salvaje de toda la comarca, no dejan de tener cierto peculiar atractivo. Nota destacada, que impresiona, y que complementa este genuino carácter, es el caminito que —entre chumberas— conduce desde el pueblo al castillo. Según Conde dice, el Cid derrotó por estos parajes a Mohammed, rey de Sevilla, que tuvo que buscar refugio tras las murallas de Lorca.

Los campesinos visten mantas, capas y pañuelos, generalmente, de color castaño, que a veces colocan cubriendo sus cabezas, para protegerlas contra el sol, como hacen los orientales con el turbante.

Había venido Hoskins, desde Murcia, en una diligencia que no era sino una galera o carro cubierto, sin muelles, aunque a muy buen paso, que le permitió un andar medio de seis millas por hora. En Lorca no encuentra ni caballos, ni borricos, ni mulas, ni carruaje pequeño de ninguna clase y ha de alquilar, para él y su acompañante, una galera completa.

Se había hospedado en la posada de San Vicente, donde encontró camas limpias, pero miserable yantar, pues apenas encontraron algo para comer. Solo encontró gitanos y ello le obligó a observar vigilancia suma con su bolsa, que cogió y llevó consigo a todas partes. Su patrona, al enseñarle la habitación y verle deshacer algunos bártulos, se demoró en abandonar el cuarto curioseando con ansiedad el contenido, con ojos avizores y gesto altamente sospechoso. Como consecuencia de la extrema penuria que las continuadas sequías han traído a esta región, las calles están llenas de mendigos y cualquier viajero con equipaje o portador de algo que valga la pena, constituye una verdadera tentación, y casi una invitación al atraco, en estas comarcas tan poco frecuentadas.

Todas las casas tienen, en las ventanas de los pisos bajos, unos barrotes de hierro entrecruzados, una variante de la celosía, lo suficientemente

...«aunque hacía más de cinco años que no llovía». Vid. Antonio Pérez Gómez. *Fiestas Reales en Murcia en el Siglo XVIII*. Discurso de apertura de curso en la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Murcia, 1959.



impracticables para dejar satisfecho el espíritu celoso, no ya del español, sino aun el del musulmán.

Las posadas importantes españolas o tienen un barbero especialmente a su servicio o, al menos, siempre aparece uno cuando los viajeros llegan; y como a Hoskins le preguntan repetidas veces si desea utilizar sus servicios, decide aceptar y queda satisfecho de lo bien que le atienden, aun con instrumentos muy rudimentarios y elementales. El que le toca en suerte era tan locuaz como Fígaro; su boca se deshace en elogios a la rica comarca de Lorca cuyo campo rinde ciento por uno, aunque no hable con igual entusiasmo de los lorquinos.

Se marcha nuestro hombre, a continuar su viaje, a las cuatro de la mañana en aquel carromato alquilado que no era sino un carro con toldo para amparar del sol a sus ocupantes; pero como el camino era pasable y el armatoste muy pesado, resultaba de movimientos más cómodos y tolerables que los de una tartana. Cuando salen les sorprende, agradablemente, el rumor que les llega, y que aumenta conforme se acercan, de unos bellos cánticos que no son sino el tradicional Rosario de la Aurora, rezado y cantado por una procesión de labradores que rinden así homenaje matutino a la Señora de los cielos. El acto, solemne en medio de su sencillo aspecto rural, en la placidez de la mañana, producía un efecto impresionante, que Hoskins recoge, reconociendo con admiración el carácter saludable de esta costumbre que levanta de sus camas a las gentes tan temprano y que significa tan excelente preparación para las labores mundanas del día.

El camino, tras atravesar la estrecha zona cultivada, desemboca en el consabido desierto circundado a un lado y a otro, y por el lejano horizonte, al frente, por cadenas de montañas. Dejando atrás, al pasar, un castillo morisco, se ponen en tres horas en Puerto Lumbreras para desayunar en una venta miserable. Se comen un pollo y un poco de jamón... porque los llevaban en la cesta; el ventero nada encontró que poder ofrecerles. Como día de fiesta en Lorca, se han ido cruzando, durante el camino, con gentes endomingadas que a la ciudad concurrían.

Los campesinos murcianos son, físicamente, superiores a los miembros de las clases elevadas; y aun con las reservas que cabe hacer de que quizá esa superioridad sea consecuencia de sus vestidos pintorescos, en gran parte, pero nunca en su totalidad, Hoskins los juzga superiores también por su amabilidad, su corrección, y su excelente humor, circunstancias todas que obligan a sentir hacia el pueblo una gran admiración y simpatía.



Y con este deada de miel, tras los arañazos anteriores, vemos a Hoskins y a su escudero, montados en el carronato que alquilaron en Lorca el día anterior, perderse en la lejanía, entre polvo, en busca de nuevas tierras de España y de nuevas gentes que conocer...

